

Prólogo

—No, por favor —masculló la mujer llevándose las manos al rostro.

Sus manos temblaban como las hojas de un árbol en la estación de otoño. La piel helada perdía su color, el miedo le burbujaba en la garganta y el dolor le martilleaba en muchas partes, especialmente a un costado del abdomen; no obstante, la preocupación por su pequeña era aún más fuerte. El amor de mantenerla salvo le ayudaba a soportarlo todo. Todo.

—Cierra la boca, mujer estúpida. ¿Dónde has dejado la botella?

—No sé de qué me hablas —murmuró y lentamente se descubrió el rostro. El miedo atenazaba su cabeza provocando que sus sienas palpitaran de tal modo que apenas oía bien, sin embargo, ella sabía lo que preguntaba su esposo, porque ésta no era la primera vez.

—Yo tenía una botella de whisky —dijo el hombre con una voz áspera que retumbó en cada recóndito espacio de la sucia casa, sus pupilas negras parecían expulsar fuego, lentamente la rabia estaba dominándolo, pues aquel impulso de desesperación por seguir bebiendo le hacía perder todo grado de cordura.

—Amor, ya has bebido mucho, deberías ir a la cama...

Las palabras temblorosas de la mujer se suspendieron en el aire como fonemas sin sentido para el hombre. La cólera resurgía de su pecho, así como el desgarrador sollozo que nació del interior de su mujer cuando su mano áspera impactó en el delicado rostro.

—Por favor —masculló de nuevo, en un intento en vano de aplacarlo, sus hombros estaban sujetos contra la pared, donde tenía magulladuras que todavía no sanaban, y otra vez no conseguirían desaparecer.

Una lágrima rodó por su rostro, ella podía soportarlo, debía hacerlo hasta que consiguiese irse. Pero los golpes la dejaban sin sentido a veces y el temor a no despertar de nuevo la atemorizaba casi tanto como el horror que la inundaba cuando su marido golpeaba a alguna de sus hijas.

Buscó con la mirada los ojos asustados de su pequeña Julieta, había veces en las que la encontraba mirando a hurtadillas desde algún rincón con sus mejillas rosas bañadas en lágrimas y, en otras como ésta, no la veía oculta por ningún lado.

Eso la aliviaba.

Cerró los ojos un poco más tranquila, evocando a sus dos niñas con las sonrisas radiantes y sus ojos como la espesura de un bosque; moteados, pardos, marrones y salvajes, llenos de un júbilo implacable. Imaginó que July tendría a Angela escondida, pensó que su niña de ocho años ya estaba lo suficiente mayor para saber que en momentos como éste, lo mejor era no mirar y fingir estar dormida.

Sin embargo, desde el bordillo de la escalera, donde nadie la veía, Julieta se agazapaba entre las sombras de la noche, con los labios apretados, los ojos llorosos y el corazón anheloso de correr por su mamá.

Julieta se abrazó a sí misma, las piernas le temblaban y su mente parecía no pensar, pero entonces supo que era hora de subir, esconderse bajo las mantas y abrazar a Angela, que era lo único que ella se sentía capaz proteger.

Con pasos temblorosos pero ágiles, se escabulló hasta el cuarto, tan hábil y silenciosa como había aprendido con el tiempo, aun cuando oía los sollozos lastimosos de su madre, los gritos enfurecidos de su padre y sus latidos desbocados por el pánico. Las cosas eran de ese modo, y sabía muy bien que ella no podía hacer cambiar las cosas.

Abrazó el cuerpo pequeño de su hermana, frágil como esa muñeca con la que jugaba antes, solo que cuidarla era mucho más complejo. Ésta era una niña real y, desafortunadamente, demasiado inquieta.

—Todo va estar bien —le susurró al oído y entonces, cubriéndole ambas orejas con las manos, tarareó una canción que le calmara el alma, cuya letra inventaba en el segundo y entonaba con una melodía igual de original. Era lo que hacía antes para ella misma, pero ahora sentía preferible que su hermana no escuchara nada, aún era pequeña, podía evitar que viera todo aquello, que oyera los insultos, los quejidos y la realidad. Siendo la hermana mayor podía evitar muchas cosas y para ello, tan solo debían mantenerse juntas.

Julieta entonces cantó, hasta que la casa, tras un portazo, se quedó en silencio.

Angela ya dormía con profundidad, su respiración subía y bajaba acompasada, deseó que estuviese teniendo un sueño hermoso y entonces, todavía sin poder dormir, se escurrió como aceite por las escaleras, desesperada por socorrer a su mamá y no encontrarla muerta.

Gracias al cielo, no se le veía tan mal, no como en otras ocasiones, esta vez, solo parecía cansada y dolorida.

—Julie —susurró su madre. Pero la niña negó con la cabeza, no quería escuchar nada, solo ayudarla, nada de esto era su culpa, y ya pronto llegaría el día en que se fueran—, lo siento, mi bebé. Lo siento...

—Mami, todo va estar bien —dijo sonriendo la pequeña, con la sutil esperanza de que esas palabras surtieran el mismo efecto que en su hermana, porque, lo único que podía hacer ahora, era darle fuerzas.

Solo hacia adelante

—Volveré —les había prometido con la voz quebrada.

Dejar a las dos personas que más amaba en el mundo no me hacía la ilusión más grande, era doloroso y triste ver los ojos llorosos de mi hermana y esa mueca contraída que mamá tenía para contener el llanto. No nos habíamos separado nunca y en el fondo, irme del lado de las personas que más amaba me causaba un sabor amargo todavía en la garganta. Sin embargo, venir a la universidad, abrir las alas y tratar de empezar por primera vez el vuelo de la independencia, iba mucho más allá de un capricho para mi futuro. Era un sueño al que yo apuntaba desde hacía años, que se remontó cuando mi vida parecía estar entre murallas sin salidas que yo anhelaba echar abajo algún día.

Mi pasado no era precisamente algo que me gustara recordar y, por lo mismo, siempre había apuntado por un futuro brillante. De modo que, estudiar, para mí era mucho más que una ilusión, era mi meta personal, ese objetivo al que yo no iba a desistir jamás, por muy ligada a mi familia que estuviera y por mucho que mi corazón no quisiera dejarlas. En mis dieciocho años me había esforzado demasiado, cada año de Secundaria dedicado al estudio y a mis notas, yo no me desviaba del camino ni me detenía por mucho tiempo, así que no estaba dentro de las alternativas arrepentirme y por culpa de los sentimientos lanzar por la borda todas las horas aplicadas en los estudios. Tenía que caminar hacia adelante y no mirar sobre mi hombro, de lo contrario, me resultaría todavía más duro el hecho de marcharme, y cielos que lo fue, dejar a mi familia era más doloroso de lo que pensaba y aun ahora, no podía acostumbrarme.

Cerré los ojos y rodé sobre la cama, no sé cómo es que había comenzado a pensar en ese día, pero gracias al cielo no

había errado en mis decisiones y me encontraba aquí, en la habitación de una de las residenciales del campus, intentando de algún modo conciliar el sueño.

Toda la vida me había significado mucho esfuerzo apagar mi mente y dormir, solía tener pocas horas de sueño, con mucha suerte conseguía dormir seis pues tenía pesadillas constantes y hasta el menor ruido solía despertarme.

—¿Aún no duermes? —inquirió la voz profunda de Erika un tanto adormilada, podía ver sus ojos claros mirándome desde la puerta.

—Temo que no —mascullé y me senté en el bordillo de la cama.

Ella y yo no nos conocíamos desde hace mucho tiempo, solo desde hacía tres semanas con exactitud, cuando nos encontramos como estudiantes de primer año que debían compartir el mismo apartamento. Recuerdo que al principio pensé que sería imposible hacer las cosas funcionar con ella, Lucíamos en todo sentido, demasiado diferentes; ella tenía una apariencia ruda y fría, mientras yo era más bien callada y tímida, de manera que me desenvolvía recelosa como si todo el mundo quisiera hacerme daño. Sin embargo, mis prejuicios desacertados sobre ella se derritieron como helado bajo el sol, cuando descubrí que me había tocado convivir con una chica absolutamente asombrosa. Ella no era ruda, era fuerte y tenaz, con la cabeza en alto y un semblante único que te podía intimidar. Como me pasó a mí aquel día, que sin conocerla, pensé que era molesta.

Su estatura era un par de centímetros más alta que la mía, pero era mucho más delgada que yo, y debía considerar que no yo no era gorda, al contrario, siempre estaba en los límites de un peso casi por debajo de lo normal que se debía a mi escasas constante de apetito. Sabía controlar mi estómago y llegaba hasta límites de saciedad muy rápido. Erika en cambio, parecía lo contrario, comía demasiado, mucho para ser una chica y, mágicamente no parecía subir ni un solo gramo, su cuerpo era un enigma para mí; pero bueno, esa chica me resultaba un enigma